

Remy AMBÜHL: *Prisoners of War in the Hundred Year War: Ransom Culture in the Late Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 301 pp., ISBN: 9781107010949.

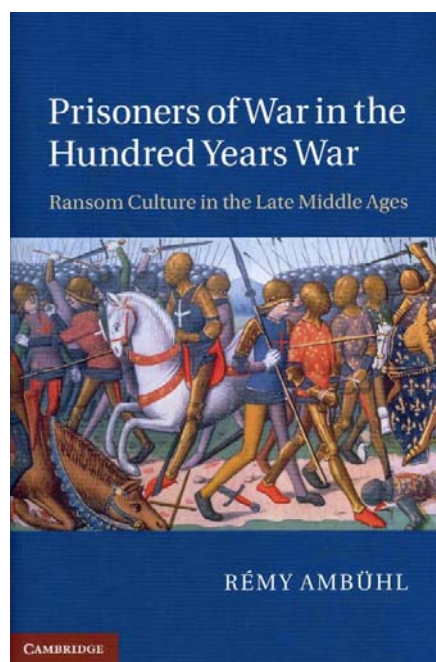
Alberto Reche Ontillera
Universitat Autònoma de Barcelona

Prisioneros y rescates: un paseo por la Guerra de los Cien Años.

Guerras ha habido siempre y con ellas un asunto peliagudo. ¿Qué hacer con los derrotados? ¿Con aquellos que habían caído prisioneros? Existen y han existido múltiples formas de gestionar a los vencidos, ya fuera la muerte, la mutilación, la esclavitud, o el rescate. De todas ellas, este último, por mucho que nos parezca tan atemporal como las anteriores, lo cierto es que está profundamente enraizado en un contexto histórico concreto: la Edad Media. Es en este período histórico, quizás, que por primera vez se plantea el rescate como forma de gestión preferencial de los derrotados. A partir de este momento, prisionero de guerra y rescate son dos términos que caminarán en sintonía.

Se ha escrito mucho sobre el surgimiento de la noción de prisionero de guerra y de la consolidación de la cultura del rescate en el occidente medieval y las posturas todavía siguen, sino enconadas, sí en una cortés distancia entre ellas. En este sentido, cabría destacar las tesis de Matthew Strickland y John Gillingham, para los cuales la cultura del rescate cristalizó en el norte de Francia en los siglos X y XI, al calor del *ethos* caballeresco del momento. Por su parte, Yvonne Friedman argumenta que dicho *ethos* no se puede rastrear con claridad meridiana antes del siglo XII. Para ella, la consolidación de la práctica del rescate de prisioneros está estrechamente vinculada con las expediciones a Tierra Santa, en concreto con la Tercera Cruzada y el desastre de Hattin (1187), donde casi toda la fuerza cruzada es hecha prisionera. Jean Dumbabin, en cambio, asocia la cultura del rescate con el estatus de prisionero de guerra, desarrollado a lo largo del siglo XIII, en consonancia con la noción de guerra pública. Paralelamente a esto, elementos como la cultura del torneo, desarrollada entre los siglos XII y XIII, contribuyen a fijar la práctica del rescate, en tanto que la codifica en los hábitos de los combatientes cristianos.

Sea como sea, lo cierto es que la Guerra de los Cien Años supone, quizás, el primer laboratorio de campo donde se pueden observar las distintas prácticas de rescate y el desarrollo del



estatus de prisionero de guerra. La Guerra de los Cien Años, además, reúne una serie de características útiles para observar el fenómeno. Por un lado, es el momento de la consolidación definitiva del término “prisionero de guerra”, que empieza a aparecer en la documentación a lo largo de la década de 1420, por el otro, estamos ante una guerra de carácter público, dirigida por los soberanos de Francia y de Inglaterra, en la que la intervención de la Corona se hace sentir en todos los aspectos. ¿Cómo afecta la política de la guerra a la captura de prisioneros y a la definición de su condición? ¿Hasta qué punto estamos ante una práctica privada o ante una fomentada por el poder público? ¿Qué cambios implican la cultura del rescate y la gestión de los prisioneros de guerra en las prácticas bélicas del momento? ¿Estamos ante una costumbre nobiliaria o se extiende a los demás elementos de los ejércitos? ¿Cómo se estipula el precio del rescate, quiénes lo pagan y lo cobran? ¿De dónde sale el dinero para ello?

Como se puede ver, preguntas fundamentales para entender el funcionamiento de las prácticas bélicas desarrolladas durante la Guerra de los Cien Años y, por extensión, en las guerras de la Baja Edad Media. De todo ello se ocupa Rémy Ambühl en las trescientas páginas que conforman su libro: *Prisoners of War in the Hundred Years War: Ransom Culture in the Late Middle Ages* que, lejos de ser un estudio anecdótico sobre un tema marginal presenta, a través de la cultura del rescate y de la gestión de los prisioneros de guerra, un acercamiento interesante a aspectos fundamentales de la Guerra de los Cien Años.

Tras una breve pero acertada introducción, Ambühl repasa los distintos *inputs* que, a su entender, convergen durante los siglos XIV-XV para dar forma legal a la práctica del rescate y a la figura del prisionero de guerra. Así, se detiene primero en lo que denomina las *laws of arms*, que si bien han de entenderse más como un manual de buenas prácticas que como un cuerpo legal codificado, crean el marco mental – como Honoré de Bovet con su *Árbol de Batallas* – adecuado a las prácticas del rescate. Junto a estas leyes de armas, encontramos también las ordenaciones reales sobre la guerra, fundamentales en tanto que la práctica bélica bajomedieval se encamina hacia el concepto de guerra pública, dirigida y orquestada por los Estados. Pero Ambühl no se detiene aquí, sino que también toma en consideración otros aspectos tales como el código de honor, los contratos, la ley del talión o el papel del dinero.

En el segundo capítulo, Ambühl reflexiona sobre el papel tanto de los soberanos en tanto que responsables últimos del entramado de prisioneros y rescates como de los particulares que gestionan las capturas. Para ello se servirá de distintos ejemplos para enseñarnos el funcionamiento de las redes de prisioneros y rescates, habida cuenta que son diferentes entre sí para los casos inglés y francés. En el capítulo tercero se detendrá a prestar una atención especial a la situación de la Normandía bajo dominio Lancaster, en especial a partir del Tratado de Troyes, que supone un importante cambio de dinámica en la guerra. A partir de Troyes, la ocupación inglesa de Francia se convierte, a todas luces, en legítima al haber consolidado el rey inglés sus derechos dinásticos en suelo francés. Por tanto, el enemigo contra el que luchan los ejércitos ingleses se visualiza ahora como una facción de rebeldes levantados en armas contra el legítimo soberano de Francia, que no es otro que el rey de Inglaterra, en parte también por la adopción

de tácticas de guerrilla por parte de los franceses. Todo ello lleva a una serie de cambios en la percepción de los prisioneros y de los crímenes que se asocian a los combatientes capturados por los ingleses.

A lo largo de los capítulos cuarto y quinto, Ambühl nos detalla el proceso de rescate de prisioneros y todos sus aspectos, sin dejarse nada en el tintero. Así, nos hace partícipes del deseo de botín y el aura de beneficio que, para los soldados, emanaba de las campañas militares. No sólo por la posibilidad del saqueo, sino por los beneficios económicos que suponía la captura de prisioneros de guerra. Nos introduce también diversos temas interesantes, tales como el de las transferencias de prisioneros dentro del ejército vencedor y sus mecanismos o las medidas de seguridad desplegadas para la custodia de los prisioneros, los lugares que se utilizaban a modo de prisiones privadas o las condiciones de vida de estos cautivos que, no olvidemos, al ser prisioneros de guerra tenían un estatus jurídico propio. No se olvida, tampoco, de los planes de fuga y de las evasiones.

Dentro de estos capítulos Ambühl dedica una buena cantidad de esfuerzo en hacernos ver el precio de la libertad de estos prisioneros. Como hemos visto, la práctica del rescate estaba perfectamente estipulada ya en la segunda fase de la guerra y participaban de ella buena parte de los combatientes. Era – y ello explica su concienzuda aplicación y el cuidado en los detalles – un negocio perfectamente reglado y generalizado en el que la estimación correcta del valor del prisionero, el control de los gastos añadidos, como su manutención y cuidado, la compraventa de cautivos entre miembros del ejército o los intercambios de prisioneros de similares características eran elementos del día a día.

Esta mercantilización de los cautivos de guerra y la cultura del rescate lleva a Ambühl, irremediablemente, a dedicar un capítulo a los mercaderes, los bancos y el comercio de prisioneros. La generalización de la práctica lleva a ello. No hemos de pensar, pese a ello, en la existencia de unas redes fijas de comercio de prisioneros y de gestión de los rescates. No hay, por ejemplo, sistemas organizados u oficiales reales que se encarguen de la organización pública de todo este entramado; nos movemos en un sistema donde las iniciativas personales, el uso de heraldos para llevar las negociaciones, los salvoconductos personales para el comercio o las transferencias de dinero (a veces envueltas en la complicación añadida de implicar un cambio de divisas), pese a la aquiescencia de la Corona, se hacían desde el ámbito privado.

Los tres últimos capítulos del libro los dedica Ambühl a la asistencia a los prisioneros. De nuevo, el tema es diseccionado en detalle desde múltiples acercamientos, ya sea desde las costumbres de auxilio, las intervenciones y peticiones de los cautivos o sus familiares ante el rey, la relación de los capitanes con sus hombres de armas o, incluso, los círculos sociales de los prisioneros. Esta multiplicidad de enfoques nos habla más que bien del intenso trabajo de documentación y reflexión que el autor ha realizado para entender en su totalidad la cultura del rescate durante la Guerra de los Cien Años.

Y es que ésa es la finalidad última de *Prisoners of war*, la de reconstruir, a través tanto del marco general como de las experiencias individuales de captores y cautivos, de sus prácticas,

hábitos y objetivos, la relevancia de la cultura del rescate dentro del desarrollo de la Guerra de los Cien Años y lo que se puede utilizar de la misma para entender otros elementos fundamentales del período, como el verdadero alcance de la dimensión pública de la guerra, las motivaciones de los combatientes o los códigos tras los que estos se movían.

Por todo ello, el libro de Rémy Ambühl se convierte en una cita ineludible para todo aquel que quiera adentrarse en los recovecos más íntimos del funcionamiento de los campos de batalla, los campamentos y las retaguardias de la Guerra de los Cien Años.